Herman Hesse

Confesión de un solitario

"Viví una idea, un conocimiento, un rostro interior y quise recordarme a mí mismo y fijar bien en mi mente el contenido y la moral de esa idea" dice el magister ludi Josef Knecht a su discípulo Tegularius al despedirse de Castalia y abandonar la Orden. Hoy, que la muerte de Herman Hesse abre el período de las evocaciones y los balances, he encontrado anotada esta frase con motivo de una vieja, fragmentaria lectura de El juego de abalorios, y al retomar el libro he comprendido cuán definitoria es una carrera literaria, de una obra, de una vida.

Porque el hombre que a los 85 años ha muerto en la Suiza de adopción, es el autor de un solo tema, de un solo personaje, de una sola problemática, cuya primera expresión se nos ofrece en *Peter Camenzind* y cuyo último desarrollo está en El juego de abalorios (1943) que le abre las puertas del Premio Nobel. En 1946 se lo concede la Academia Sueca por lo que llama —en su habitual estilo salvacionista— "sus inspirados escritos que, en tanto que crecen en audacia y penetración dan ejemplo de ideales humanitarios clásicos y de elevadas cualidades de estilo".

Formando en el individualismo áspero, exclusivo, de fines del XIX, que fue la manera con que testimonió su rebeldía la juventud burguesa de entonces, a él permaneció fiel en obra y vida. La soledad altiva y dolorosa de sus héroes juveniles, en quienes la convivencia con el medio social nativo resulta fracturada por no encontrar en él respuesta a sus ansias ideales, es imagen de esa soledad del autor que lo condujo al retiro de Montagnola, en Suiza, para consagrarse por más de treinta años a una meditación novelada sobre los caminos de la perfección espiritual del individuo y la necesaria superación de lo que él designó, bien, como la "época folletinesca".

Muy joven lo habían deslumbrado las impecables estructuras de un arte superior y había intuido, —con un fervor secreto que su adolescencia de muchacho enfermo y solitario acrecentó —, el poder espiritual de la gran literatura normativa alemana, la irradiación de su espléndida tradición musical, con particular referencia a la obra de Juan Sebastián Bach de cuyo redescubrimiento fue testigo apasionado. Estos alimentos espirituales movieron los "sentidos mejores" del joven Herman Hesse, consagrado a una introspección cuya acuidad puede ponderarse y que él llevó adelante con un rigor de observación y un valor expositivo que en su momento significó un claro progreso en la revelación de los procesos interiores del alma juvenil.

Pero tales alimentos espirituales entraron muy pronto en pugna con los alimentos terrestres, estableciendo ese enfrentamiento obsesivo que ha marcado todos sus libros, donde los héroes viven tironeados entre la sensualidad y la espiritualidad, fuerzas éstas que a su vez son sustituciones de otras más grandes y originales: el mundo circundante y el yo secreto; el goce intenso, pasajero, destructor, de la realidad, y la aspiración ideal, perfeccionadora, del alma.

Si **Demian** fue la apasionante historia del despertar fervoroso del alma y el encuentro de ese amigo-maestro-guía-amante que reaparecerá en todos sus libros estableciendo el clima homoerótico de su literatura y conteniendo por un breve tiempo el efecto corrosivo de la soledad absoluta, para que de ese crisol doloroso salga endurecida la personalidad, acorazada contra el *mundo hostil y vulgar*, su novela más famosa, **El lobo estepario**, fue la explanación más acabada de la violenta pugna entre sensualidad y espiritualidad que lleva, por la excesiva contención mental de los impulsos vitales, a una ruptura alucinatoria de la *propia* personalidad. En el secreto Harry Haller conviven un lobo y un hombre que se desgarran mutuamente, y es la soledad el obligado rescate que debe pagar por esa áspera pugna interior en la cual Hesse no ve solamente su caso ni uno particular "sino la enfermedad del siglo mismo, la neurosis de aquella generación a la que Haller pertenece, enfermedad de la cual no son atacadas sólo las personas débiles e inferiores, sino precisamente las fuertes, las espirituales, las de más talento". No hay solución para ella en el período mismo en que se la vive, porque ella es la raíz de la vida juvenil; sólo el tiempo futuro, en el proceso de la maduración intelectual, y también del desgaste de las energías vitales, puede llevar a una serenidad superior como la que mueve el arte último de Bach o de ese Goethe, cuya imagen olímpica irrita a Hesse como irritó a Mann, y antes que ellos a Heine y a todos los románticos alemanes, y con el cual —contra el cual—, dialoga en sueños en **El lobo estepario**, para arrancarle el secreto de su calma sin fisuras, y obtener esta premonitoria respuesta: **"El haber llegado yo a los ochenta y dos años puede que sea, desde luego, imperdonable"**.

Pero la rebeldía de Hesse nunca es total, porque no le lleva a cortar las amarras e intentar una experiencia enteramente inédita. Parecido a un escritor de su época, del otro lado del Rhin, a *André Gide*, su entrega a la "aventura" es más superficial que profunda, y el riesgo que con ella corre parece contar desde el principio con la seguridad del retorno al "orden" que ha de aguardarlo puntualmente como la cuenta bancaria de que disponía. De Harry Haller lo dice él mismo: **"Pero cada vez más hube de ver que desde su espacio vacío**, desde su modo de ser extraño y su lobunez esteparia — le admiraba nuestro pequeño mundo burgués y lo amaba, como a lo firme y seguro, como a lo lejano e inasequible, como al hogar y a la paz, hacia los cuales no había camino alguno para él". Su rebeldía contra la vulgaridad, el filisteísmo, el mercantilismo del mundo burgués al que pertenece, no lo conduce a la destrucción de sus fundamentos económico-sociales que son la base sobre la cual aquellos se sostienen, sin que Hesse quisiera verlo; es una rebelión en superficie y no en profundidad, y eso es el mejor índice del ulterior pacto y la final reconciliación a que ha de llegar cuando corone su carrera.

Los viajes por Oriente le deparan una novela, **Siddharta**, y un avance en el camino de la progresiva ascesis,, del autodominio de los instintos vitales y del progreso hacia la liberación interior de esa comprimida fuerza que establece la temperatura de sus primeros, y más leídos, libros. En **Narciso y Goldmundo** las notas contrastadas ya no conviven en una persona sino que se separan en dos seres opuestos que constantemente se atraen. Estamos ya, más que en la novela esquemática y real que practicó el espíritu de la vanguardia europea, en un relato simbólico, voluntariamente alisado como una tabla de primitivo, (como **El elegido** de su gran compañero de generación, Thomas Mann) donde las experiencias originales son trasuntadas en acuñaciones concretas de problemas. La *historia* está vista desde el ángulo del intelectual, de Goldmundo, quien en su agonía habrá de confesarnos una verdad que apunta a Hesse —**"Yo no soy injusto hacia los hombres, antes por el contrario me esfuerzo en ser con ellos justo y paciente, pero jamás los he amado"**— y *habrá* de reconocer que toda posibilidad de arte no está en el pensamiento sino en la sensualidad, en el amor de Narciso, a quien debe que **"mi corazón no se haya marchitado, que en mis adentros quede aún un rinconcillo donde pueda entrar la gracia"**. Pero es en esta obra donde por primera vez con claridad, Hesse comienza a reconocer un poder superior que ordena y explica el caos de la vida. Como *anota* Wilhelm Grenzmann con cierta parcialidad cristiana, **"en la mutua ordenación de los dos destinos se manifiesta al *impenetrable fundamento de una ley* cósmica y aparece una referencia a lo divino por encima del destino de los hombres"**.

Hesse fue siempre un *agnóstico*, y la meditación última de su existencia tendió a la resolución de los contrarios en una unidad explicativa del mundo, que no postulaba, obligadamente, la presencia de *Dios*. *Comenzaba* a aproximarse a los años olímpicos de Goethe, a hacer aquella experiencia que envidiaba y aborrecía en su juventud, y, como ha ocurrido en los grandes de la literatura alemana (*pienso en Thomas Mann*) su *esfuerzo* creador estaría anclado sobre las categóricas intuiciones de Goethe, en particular sobre el misterio de la obra con que se abren los tiempos contemporáneos: el **Fausto**. Mundo y yo, acción y *contemplación*, caos vital y orden del espíritu, devenir y eternidad. En su *Diario*, Mann ha reconocido la similitud de los propósitos entre **El juego de abalorios** y el Doctor Fausto; no ha dicho allí que su libro es obra de un escritor más *dotado*, ni que sus resoluciones son diferentes en última instancia.

El juego de abalorios es la síntesis del saber y la cultura, es el esfuerzo creador de una sociedad que, aun careciendo de Dios, edifica un riguroso orden que pone fin al libertinaje individualista de la "época folletinesca" y descubre la felicidad en el principio de la servidumbre común, sacrificada a un ideal superior en el cual se cree firmemente, casi como ese "partido" que Hesse, reinando solo por encima de los solos, no *conoció* y *ansió*. *La obediencia*, el respeto a las jerarquías, la vida ascética y conventual, el servicio público al que se entregan las vidas privadas, proporciona una imagen futura en que por diversos ángulos han coincidido muchos *escritores*. Lo que para otros es motivo de inquietud, para Hesse se convierte en el modo más alto como la humanidad pueda alcanzar la felicidad, establecido a semejanza del principio de orden estructurado que *distingue las obras de arte*, y dentro de ellas, la música. Pero no deja de ser una utopía que sólo afecta a unos pocos, los que viven en la provincia Castalia, y en ese sentido Hesse se limita a representar simbólicamente una experiencia de vida que sigue estando marcada por la problemática del individualismo, incluso en el momento en que cree que ha llegado a superarla. Por algo Josef Knecht termina por abandonar la Orden y volver al mundo para educar a un joven discípulo, marcando el afán de perdurabilidad que en su vejez movía la pluma con que Hesse quería dirigirse a jóvenes discípulos del mundo todo.

No podía prever que su experiencia *había* sido superada, que por muchos aspectos era demasiado restricta y personal, demasiado tímida, y dominada por una preocupación pedagógica que había afectado frecuentemente la plenitud artística. Su obra fue útil para diagnosticar la crisis interna de una sociedad, y para destruir un conjunto de prejuicios aunque sin llegar a la raíz de ellos; fue útil para penetrar en los laberintos de la personalidad adolescente, y descubrir y explicar sus sombras y *sus confusiones*; fue útil para el arte por la afirmación seguida y alta de sus más auténticos exponentes y porque él agregó a la lista de grandes novelas del siglo una que merece leerse: **El lobo estepario**. Ella tendrá, aun por mucho tiempo, deslumbrados lectores adolescentes: para ellos fue escrita.

ANGEL RAMA